

## LA MUJER EN LA CIENCIA

Alumno: **BROCHIERO, Lucía**

Escuela: St. Catherine´s Moorlands School, Ciudad Autónoma de Buenos Aires,  
Buenos Aires

Profesor Guía: BITAR, Roxana Isabel

Imaginemos un laboratorio uno o dos siglos atrás. Experimentos, anotaciones, descubrimientos, frascos, y todo otro elemento que nuestra imaginación y nuestro conocimiento coloquen en esta imagen. Ahora imaginemos un laboratorio hoy en día. Las variaciones serán notorias, claro está, pero ambos escenarios tienen algo en común. Científicos. Al escribir sobre esto, sentí curiosidad sobre cuál era la visión que tenían mis familiares y amigos sobre el tema, y decidí preguntarles. La primera respuesta simple y asociativa de la mayoría, y no para mi sorpresa, fue simplemente “Albert Einstein”. También hubo algunos “Stephen Hawking”, y un par de “Isaac Newton”, pero, tal como esperaba, no mucho más. Esto me hizo cuestionarme, ¿por qué no me sorprendí ante estas respuestas? ¿Por qué nadie realmente lo hace? La respuesta es simple. Porque en ese escenario del laboratorio, ya sean dos siglos atrás u hoy en día, solo hay lugar en nuestra mente para científicos con bigote y barba; científicos hombres. ¿Qué fue lo que creó este paradigma, y por qué lo aceptamos con tanta voluntad? ¿Qué lugar ocupó y actualmente ocupa la mujer en el campo de la ciencia? ¿Podemos realmente hablar de igualdad?

Si buscamos en Google algo tan inocente como “Científicos famosos”, los resultados demuestran mucho más de lo que la simple búsqueda pretendía. Cincuenta y uno son los científicos que el buscador consideró de más relevancia, de los cuales solamente *dos* son mujeres. Sin embargo, Google no tiene toda la culpa. Este tipo de información está siempre presente, pero lo hemos naturalizado tanto que ya no nos sorprende. Por la sociedad androcentrista y patriarcal en la que vivimos, estos mensajes están fuera de cuestionamiento posible: llevan siglos formando parte del discurso dominante. ¿Cuántas mujeres fueron ignoradas y no reconocidas por su contribución, por el simple hecho de ser mujeres? El problema no es uno nuevo, resultando en miles de mujeres a las que no se les facilitó el acceso al campo de la ciencia, como a otros campos. Y si se les dio acceso, fue en silencio y nunca reconocido. Pongamos el caso de uno de los científicos más reconocidos de todos: Albert Einstein. Se cree que su esposa, Mileva Marić, tuvo una gran participación en la creación de la Teoría de la Relatividad, pero no se le atribuyó ningún reconocimiento oficial por esta.<sup>1</sup> Como este, existen muchos casos de mujeres que vivieron en un momento de la humanidad donde ellas debían dedicarse únicamente a las tareas domésticas, y el campo de la ciencia estaba, desafortunadamente, restringido: son siglos y siglos de desigualdad. Tal como lo indica la frase extraída de “El Segundo Sexo”, de Simone de Beauvoir, “Solamente cuando las mujeres empiezan a sentirse en su casa sobre esta tierra vemos aparecer una Rosa Luxemburgo, una Madame Curie. Demuestran con brillantez que no es la inferioridad de las mujeres lo que determina su insignificancia histórica: *su insignificancia histórica las condena a la inferioridad*”.<sup>2</sup>

Esta marginalización y desigualdad que sufrió y sufre la mujer están sumamente vinculadas a los prejuicios arraigados a la sociedad desde hace mucho tiempo. El mayor problema es el reconocimiento que se les otorga a personajes reconocidos como Jean-Jacques Rousseau o Charles Darwin, quienes dieron origen a muchos de los estereotipos y desigualdades que perduran hasta el día de hoy. Ellos encuadraron, delimitaron y definieron a la mujer a partir de sus propias opiniones.

---

<sup>1</sup> González, Victoria. (sin fecha). *¿Fue la mujer de Einstein coautora de sus teorías?*. Consultado en <https://www.muyinteresante.es/ciencia/articulo/fue-la-mujer-de-einstein-coautora-de-sus-teorias-311461249209>

<sup>2</sup> De Beauvoir, Simone. (2009). *El Segundo Sexo*. Editorial: Debolsillo. Colección: Contemporánea.

Construyeron la idea de “mujer” como inferior, y al ser personajes relevantes, esas construcciones fueron adoptadas casi mundialmente. En “El Emilio”, Rousseau clama que “la educación de las mujeres siempre debe de ser relativa a los hombres: (...) educarnos cuando somos jóvenes y cuidarnos cuando somos adultos, (...) hacer nuestras vidas fáciles y agradables”, impone el hecho de que “(...) las niñas se sienten atraídas hacia las cosas de adorno y apariencia”, y afirma que la mujer debe tener “buena conducta o suavidad de carácter”<sup>3</sup>. Mientras Rousseau limitó a la mujer en el ámbito doméstico, Darwin la expropió de sus derechos en el campo intelectual, al decir en su libro “El Origen del Hombre”, “(...) si el hombre es capaz de una superioridad decidida sobre la mujer en muchos campos, entonces la capacidad mental promedio del hombre debe ser mayor que aquella de la mujer”<sup>4</sup>. Ambos dieron una base teórica a la sumisión de la mujer, limitándola, restringiéndola y construyéndola. Aunque en menor medida, estas creencias persisten hasta hoy en día, aun estando basadas en supuestos que no tienen por qué ser verdaderos.

El rol de la mujer en la sociedad está definido. Como bien lo indica Simone de Beauvoir, “No se nace mujer: se llega a serlo. Ningún destino biológico, psíquico, económico, define la imagen (...). El conjunto de la civilización elabora este producto”<sup>5</sup>. Todos estamos constantemente expuestos a los valores que nos impone la sociedad, y que ciegamente decidimos creer. La educación tiene un papel sumamente importante a la hora de inculcar valores. No solamente en el colegio, sino en la primera sociedad, es decir, en la familia. Si se entrara al cuarto de una nena, ¿qué se ve? Rosa, muñecas, cocinas de mentira. Se les enseña que deben aspirar a convertirse en princesas, ser educadas y “femeninas”. Esta exposición al estereotipo desde una edad temprana causa que este prevalezca, estableciendo expectativas y tareas para cada sexo, la ciencia siendo un área un tanto marginal para las mujeres. Otra frase del libro “El Segundo Sexo” dice que “las restricciones que la educación y la costumbre imponen a la mujer limitan su poder sobre el universo”<sup>6</sup>. La educación es poder, y la forma en la que esta se da podría cambiar todo, radicalmente.

“El techo de cristal es un obstáculo invisible en la carrera laboral de las mujeres, difícil de traspasar, que les impide llegar a cargos de mayor responsabilidad y liderazgo”<sup>7</sup>. Creo que todos podemos afirmar que esto es un hecho y problema real, pero, ¿sabemos por qué? Además de la educación, hay muchos otros factores. Claramente, hoy en día la mujer no está tan marginalizada en el campo de la ciencia, por ende muchas de ellas deciden hacer carreras universitarias relacionadas al tema. Sin embargo, el problema radica en los puestos de trabajo. Si se tienen los mismos estudios, no tendría que haber ninguna diferencia entre el acceso a puestos laborales de un hombre y una mujer, y sin embargo la hay. En los puestos más altos, el porcentaje de mujeres es muy bajo. Esto se debe a los techos de cristal, que impiden a la mujer progresar. Ese techo se coloca por todos los preconceptos y estereotipos que crea la sociedad sobre la mujer. Entre ellos, que ella se debe ocupar de las tareas domésticas, debe tener hijos, cuidarlos y priorizarlos antes que su carrera. También se cree que la mujer es más emocional, por lo que no se le pueden confiar cargos altos con mucha responsabilidad. La mujer no participa tanto como el hombre en becas e intercambios al exterior y, en promedio, tardan más en finalizar el doctorado debido a que ese suele ser el tiempo en el que se tienen hijos.<sup>8</sup>

Mientras todo esto es cierto, también es verdad que las estadísticas están mejorando. Ya no es un tema del que no se puede hablar y se debe aceptar ciegamente, lo que ayuda mucho a romper

---

<sup>3</sup> Rousseau, Jean-Jacques. (2005). *Emilio, o De la educación*. Madrid: Alianza Editorial.

<sup>4</sup> Darwin, Charles. (1880). *El Origen del Hombre*. Barcelona: Trilla y Serra.

<sup>5</sup> De Beauvoir, Simone. (2009). *Opcit*.

<sup>6</sup> *Ibid*.

<sup>7</sup> Núñez, Roselia. (2015). *Rompiendo el techo de cristal: Mujeres al poder*. Consultado en <http://www.genero.ues.edu.sv/index.php/reportajes/208-rompiendo-el-techo-de-cristal-mujeres-al-poder>

<sup>8</sup> Barrancos, Dora. (2018). Las científicas, bajo el techo de cristal. Consultado en <https://www.lanacion.com.ar/2113641-las-cientificas-bajo-el-techo-de-cristal>

con el discurso y el paradigma. En la Universidad de Buenos Aires en la rama de Exactas, a finales de la década de 1930, solo uno de cada nueve egresados era mujer. Sin embargo, en la década del 90, la cantidad de mujeres era mayor que la de varones. En la Argentina hay un 49% de personal científico femenino, ubicándola como uno de los primeros países de América Latina, y superando a Estados Unidos y Europa.<sup>9</sup> La mujer, así como cualquier hombre, le aporta todo un nuevo punto de vista a la ciencia, que es necesario para progresar. No se puede pretender desarrollar nuevas tecnologías si no se incorporan nuevas ideas al proceso. Todos y todas tienen algo que aportar, en especial por la diferencia de expectativas hacia cada sexo. En vez de utilizar las diferencias entre hombres y mujeres para generar una brecha cada vez mayor, se las deberían usar para crecer, progresar, y desarrollarnos.

Es muy difícil aplicar medidas para resolver estas desigualdades ya que estas vienen desde hace siglos. Para que no haya desigualdad, tendría que cambiar el discurso y los valores de la sociedad, que no es una tarea fácil. Como toda tarea, parece más difícil y aterradora antes de embarcarse, pero la sombra siempre es más grande que el problema. Aplicar una política de estado podría ser efectivo como no, ya que el paradigma sería siendo el mismo, y el problema no estaría siendo erradicado. Al igual que el proceso de creación del estereotipo, desmentirlo llevaría mucho tiempo, aunque no esté basado en ninguna evidencia. Afortunadamente, es muy notable el cambio entre hoy en día y siglos atrás. A pesar de que sigue habiendo obvias brechas, la mujer en la ciencia evolucionó cuantitativamente. Para resolver la desigualdad, lo único que se puede hacer es cambiar la forma en la que vemos la sociedad, y desnaturalizar aquello que tenemos tan inconscientemente incorporado. El cristal es un material fácil de romper: por algo el techo no es de cemento.

---

<sup>9</sup> Gallardo, Susuana. (2009). *El techo de cristal*. Consultado en <https://exactas.uba.ar/noticias/el-techo-de-cristal/>